



Gloria Alegría Ramírez

PIPO, EL OSO DE LA VITRINA



Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Primera edición, 2006
Segunda edición, 2007
Tercera edición, 2008
Cuarta edición, 2010
Quinta edición, 2011

Derechos exclusivos
© EDITORIAL ANDRÉS BELLO
Alameda 131, 4° piso, Santiago

Registro de Propiedad Intelectual
Inscripción N° 157.667, año 2006
Santiago - Chile

Se terminó de imprimir esta quinta edición
de 1.000 ejemplares en el mes de febrero de 2011

IMPRESORES: Editora e Imprenta Maval Ltda.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

ISBN 978-956-13-1917-2

Gloria Alegría Ramírez

PIPO, EL OSO DE LA VITRINA

Ilustraciones de Andrés Jullian



EDITORIAL ANDRÉS BELLO



Pipo, el oso de peluche, vivía en la vitrina de una de las mejores jugueterías del país. Era muy bello. Su pelaje era suave, de color café salpicado de tonalidades más oscuras y brillantes. Sus ojos eran negros

y muy redondos. Una cinta roja alrededor del cuello lo hacía lucir aún más hermoso. Él sabía que su belleza causaba admiración y que no cualquiera podía comprarlo, porque costaba demasiado.



—Es que soy muy especial —se repetía siempre que alguien intentaba llevárselo.

Sin embargo, a medida que fue pasando el tiempo comenzó a sentirse muy solo. La mayoría de los juguetes

permanecía en vitrina una o dos semanas, y a veces unos días, en cambio él llevaba ya varios meses y nadie lo compraba. La jirafa cuello largo, el león melenudo, hasta la pata Dora habían encontrado un hogar y él seguía esperando.



Una tarde entraron a la tienda una señora de edad y una niña. Parecían muy pobres, porque sus vestidos y sus zapatos se veían muy viejos.

—Quisiera saber el precio del oso de la vitrina —dijo la anciana, mirando a Pipo.



A Pipo el corazón le dio un vuelco. Se sintió feliz como siempre cuando alguien preguntaba por él. Pero se dio cuenta de que para ellas sería imposible comprarlo.

—¡Oh! ¡Es carísimo! —respondió la empleada—. Es un juguete hecho a mano por un artesano. Es único. No creo que usted pueda pagarlo.

—¿Cuánto? —insistió la anciana, apretando la mano de la niña.



—Ciento cincuenta y nueve mil novecientos noventa pesos.

—¡Oh! —exclamó la señora, y agregó mirando a la niña—: Dentro de un tiempo vendremos por él. Es sólo cosa de juntar el dinero.



Desde esa tarde la niña fue todos los días a ver a Pipo. Permanecía mucho rato junto a la vitrina, sin dejar de mirarlo. Pipo descubrió que tenía los ojos del color de su pelaje y que

siempre usaba el mismo abrigo rojo, igual a la cinta que él lucía en el cuello. Las visitas de la niña se convirtieron en algo muy importante para Pipo. Se acostumbró a verla llegar y deseó con todo su corazón



que un día la niña y la anciana se lo llevaran a su casa. Podía imaginarse en los brazos de la pequeña sintiendo su calor y su cariño.

Pero un día sucedió algo inesperado.



Un señor de sombrero, abrigo y paraguas entró a la tienda y sin preguntar el precio le dijo a la encargada.

—¡Envuélvame ese oso que está en la vitrina! ¡A Manolito, mi nieto, le encantará!



Pipo no alcanzó a salir de su sorpresa cuando sintió que lo metían en una gran caja, salían de la tienda y lo dejaban en la parte trasera de un auto. No podía creer que alguien lo hubiese comprado,

así de fácil y rápido, y que por fin tendría un hogar. Pero no se sintió completamente feliz. En unas horas más iría a verlo la niña del abrigo rojo y se pondría muy triste al descubrir que ya no estaba.



Pudo imaginársela volviendo a su casa a paso lento y cabizbaja.

El viaje se le hizo muy, muy largo. Por fin el auto se detuvo y Pipo escuchó:

—¡El abuelo, llegó el abuelo!
Aunque dentro de la caja estaba
muy oscuro igual abrió los ojos. Y sus
oídos se agudizaron para escuchar
mejor. ¿Cómo sería su nuevo dueño?



—¡Mira, Manolito, el abuelito te
trajo un regalo! —exclamó una voz
de mujer.

Sintió que la caja daba unas vueltas
y que alguien levantaba la tapa.
Una luz fuerte y blanca lo encegueció

por un momento, y el aire frío del exterior le traspasó la piel. Hasta que unas pequeñas manos lo tomaron y unos brazos lo rodearon y lo llenaron de calor.

—¡Ohhhhh! —exclamaron varias voces—. ¡Qué hermoso!



—¡Mira —dijo alguien—, tiene la nariz muy redonda y negra y su pelaje es tan suave!

Pipo se sintió tan contento que no volvió a pensar en la niña del abrigo rojo. No podía más de felicidad.

Manolito anduvo con él hasta que llegó la noche.

Apenas oscureció, la mamá llevó al niño a la bañera y acostó a Pipo en la cama. Era la primera vez que iba



a dormir en una cama abrazado a alguien, en una habitación tibia e iluminada. ¡Ya no podía desear más!

Al poco rato llegó la mamá con Manolito.

—¡Ahora tienes un nuevo amigo; él te acompañará mientras duermes! ¡Te traeré la leche y después te quedarás con él! —le dijo la mamá.



Pipo sintió que todo era tal y como se lo había imaginado. Un hermoso hogar, un niño pequeño que ya lo quería, una cama calentita para dormir sintiendo los brazos de su nuevo amigo alrededor de él.



Pero Pipo se dio cuenta sólo unas cuantas horas después de que las cosas no siempre son como parecen. De pronto Manolito se despertó y comenzó a gritar:



—¡Mamá! ¡Papá! ¡Mamá! ¡Vengan!
La luz del velador se encendió y Pipo vio a la mamá del niño inclinada sobre la cama.

—¿Qué sucede? —oyó que le preguntaba.

—Quiero dormir con ustedes
—respondió el niño.

—Pero ahora tienes a tu osito —le
dijo la mamá, poniendo a Pipo sobre
el pecho del niño.



Entonces sucedió algo terrible.
Algo que jamás Pipo había esperado.

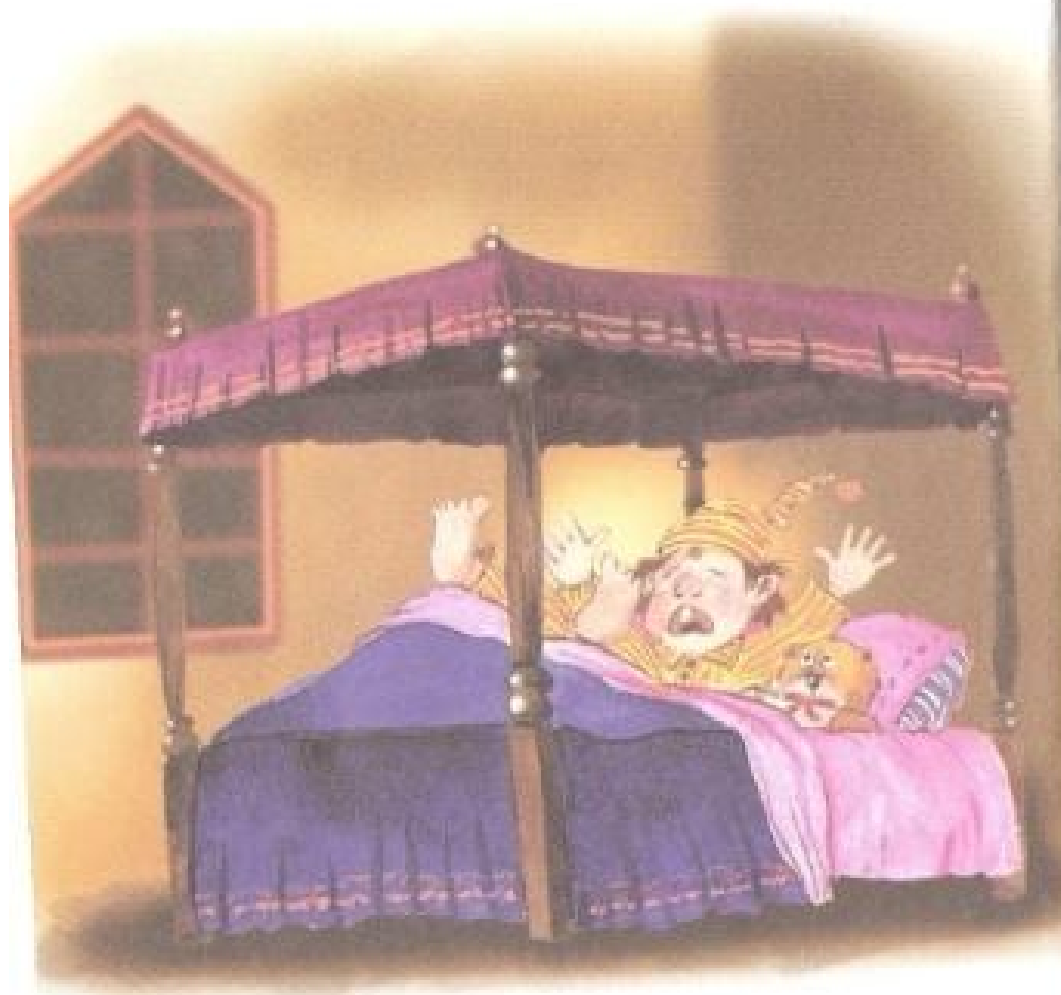
—¡Noooo! —gritó el niño—. ¡No
quiero a Pipo! ¡Es feo! ¡No quiero
dormir con él!



Pipo sintió que su corazón se
partía en dos. ¡No podía ser! ¡Ese niño
no lo quería!

—No digas eso —escuchó que le
decía la mamá—. Mira, Pipo es lindo,
el abuelito te lo trajo para que te
hiciera compañía en las noches.

—¡No quiero! ¡No quiero! ¡No quiero! —comenzó a gritar el niño, sacudiéndose en la cama y echando las sábanas hacia atrás con sus pies.



Pipo no podía creer lo que estaba sucediendo. Lo habían llevado a la casa de uno de esos niños de los que hablaba el dueño de la tienda.



Los que no querían comer frutas ni ensaladas, los que no dejaban el chupete, los que se rehusaban a dormir solos.

—¡Pues sí! —dijo severamente la mamá—. ¡Desde esta noche dormirás con Pipo, igual que tu primo Sebastián duerme con su osito Fufo!



—¡No, no y no! —gritó más fuerte Manolito—. ¡Yo no quiero dormir con un oso peludo y feo! ¡Yo quiero dormir contigo!

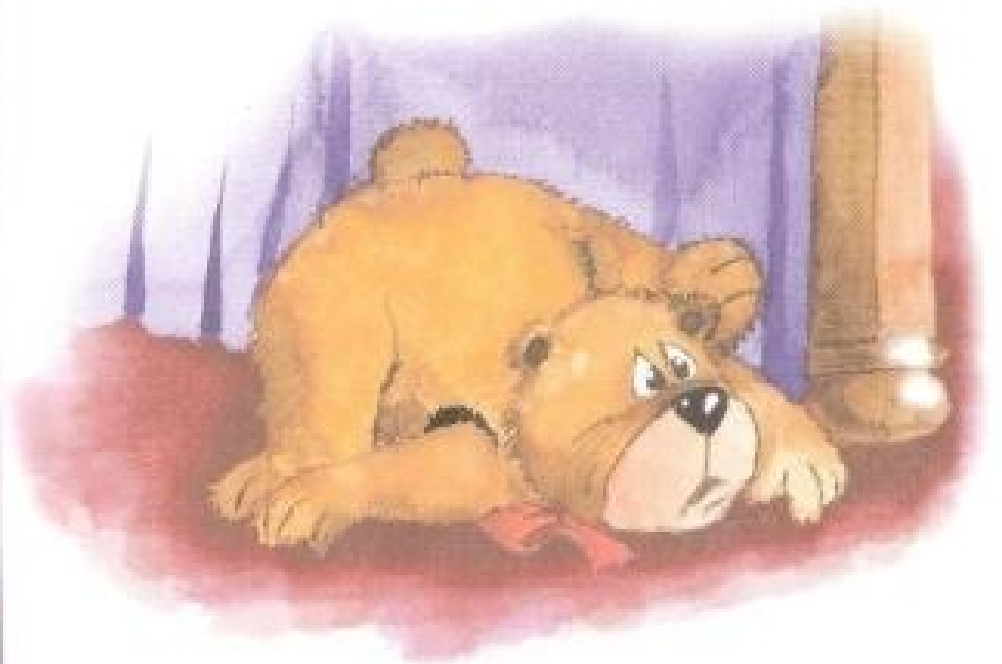


De pronto Pipo sintió que el niño lo agarraba de un brazo y lo hacía volar hasta ir a dar al suelo, a los pies de la cama. Vio todo negro y un gran dolor en su espalda casi lo hizo llorar.



—¡Pues si no quieres dormir con Pipo está bien, pero con mamá y papá tampoco lo harás! ¡Los niños deben dormir en su cama! —escuchó que le decía la mamá a Manolito.

Pipo realmente estaba sorprendido. Ya no le gustaba esa elegante casa y menos ese niño. Además, nadie se preocupaba de él.

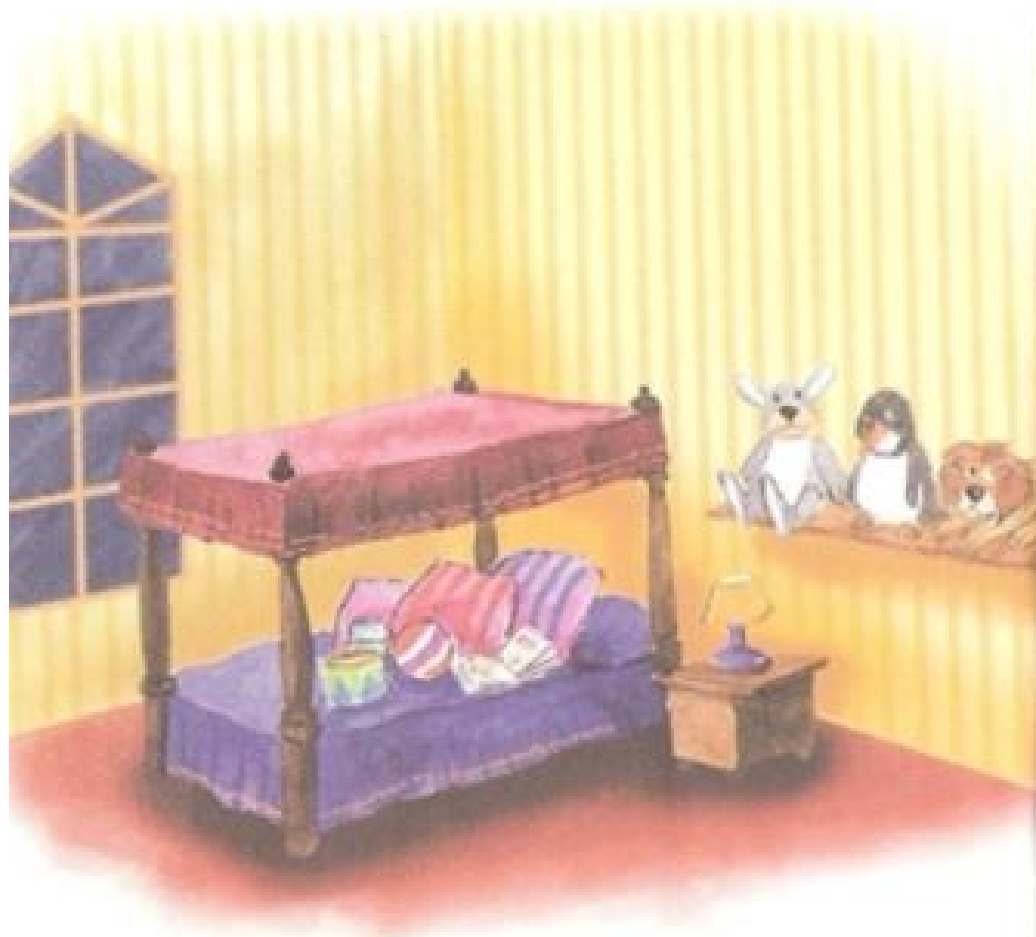


Estaba tirado en el suelo y le dolía mucho la espalda. ¡Ah, si pudiera volver a su vitrina, donde nadie le decía feo y menos lo lanzaba de esa forma por los aires! Y, además, estaba

ella, la niña del abrigo rojo que sí lo quería y que lo iba a ver todas las tardes. Suspirando de nostalgia, se quedó dormido.



Cuando despertó en la mañana, aún estaba tirado en el suelo. Todavía le dolía la espalda, pero más le dolía el corazón. Se sentía completamente decepcionado. Una mujer que no era la mamá de Manolito lo recogió del suelo y lo sentó en una repisa.



Pipo pasó todo el día mirando la cama de Manolito llena de cojines y juguetes. Podía ver también otra repisa con muchos peluches como él, todos muy hermosos.

Un conejo gris, de orejas muy largas y muy tiesas, intentó conversar con él, pero Pipo sólo atinó a decir:
—No tengo deseos de conversar. Estoy muy triste.



—Ya te acostumbrarás —le contestó el conejo.

—Sí, ya te acostumbrarás —repitieron los otros peluches.



Pipo no dijo nada. Extrañaba mucho su vitrina, la gente que pasaba, las luces. Pero sobre todo extrañaba a la niña que lo iba a visitar todas las tardes. Finalmente, llegó la

noche y vio que Manolito entraba a la pieza con su mamá. Ella lo ayudó a ponerse el pijama. De pronto, Pipo sintió que la mamá de Manolito lo



sacaba de la repisa y lo acostaba junto al niño. “Otra vez me arrojará por los aires y me dejarán toda la noche tirado en el piso”, pensó, temblando de susto.



—Quiero que acompañes a Manolito —le dijo la mamá, mirándolo muy fijo a los ojos—. Y que lo cuides. Es un niño algo porfiado, pero ya luego aprenderá.

Pipo se sorprendió. Nunca nadie en toda su vida le había dirigido la palabra. Se sintió feliz. Después de todo parecía que las cosas iban a cambiar.



Pero otra vez sufrió una decepción. En cuanto la mamá de Manolito dio vuelta la espalda, el niño se sentó en la cama y comenzó a gritar:



—¡No me gusta este oso! ¡Es un animal feo, peludo y aburrido, no hace nada! ¡No lo quiero!



Y sin que su madre pudiera evitarlo le torció un brazo, le mordió una oreja y lo lanzó lejos. Sólo que esta vez Pipo voló por la ventana abierta y fue a dar a la calle, justo dentro de un tarro de basura.

Pipo sintió que caía en algo blando, frío y de un olor insoportable. Para qué hablar de lo que le dolían el brazo y su oreja.



Nunca, nunca se imaginó que su destino sería ése. Sin poder soportar más tanta tristeza y tanto dolor, Pipo comenzó a llorar.



Su corazón estaba hecho trizas.
Había sombras por todas partes.
Ruidos que no conocía.

—¿Y si llega uno de esos perros vagos, enormes y fieros y me confunde con un gato? ¿Qué será de mí? —se preguntaba, temblando—. ¿Me dejarán en la calle?





Pipo había visto desde su vitrina a los que vivían en la calle buscando un lugar para dormir cubiertos de diarios. Había visto también a los perros y a algunos gatos, pero nunca, nunca se

imaginó que la vida de ellos era así de terrible.

La noche se le hizo espantosamente larga.



Era muy de mañana cuando sintió unos pasos. De pronto, alguien lo sacó del tarro y lo echó en una bolsa. Pipo estaba muy asustado.



¿Qué sería ahora de él? Nadie lo iba a querer así con un brazo descosido y la oreja mordisqueada. Recordó los camiones que trituraban basura y sintió pánico. Pero, ¿qué podía hacer? Temblando se abandonó a su suerte.

Alguien lo llevaba a alguna parte, pero no podía saber a dónde. Inesperadamente fue arrojado fuera de la bolsa y cayó sobre el suelo junto a un montón de cosas, papeles, frascos de perfumes, tarros.



Entonces abrió los ojos y miró a su alrededor. Estaba en el patio de una pequeña casa de madera con una puerta y dos ventanas.

De pronto alguien apareció por la puerta y al ver a Pipo en el suelo corrió hasta él. ¡Era la niña! ¡Ella! ¡La niña del abrigo rojo!



—¡Abuela, mira! ¡Mira, es Pipo, el oso de la vitrina! ¡Mi oso! ¡Mi querido osito! —exclamó la niña, levantándolo y llevándolo hacia su pecho—. ¡Oh!



¡Tiene roto un bracito! ¡Y una de sus orejas lastimada! Abuela, ¿lo podemos curar? —preguntó mirándolo con ternura.

En ese momento el corazón de Pipo comenzó a inflarse de emoción. Dos lágrimas corrieron por su cara.

Ya todo había pasado. Por fin se encontraba con alguien que lo amaba y que cuidaría de él.

Acurrucado en los brazos de la niña, Pipo cerró los ojos y se durmió feliz con el sol sobre su cara.



